

## Prefacio

Quienes compilamos este conjunto de artículos somos historiadores, y por ello, estamos habituados a leer, ver, escuchar y pensar sobre guerras. No es éste el lugar para hacer una reflexión exhaustiva sobre la guerra en general. Sí pensamos que la guerra del Cercano Oriente es indigna, salvaje y violatoria de toda norma humana y del derecho internacional. Y también pensamos que encierra un riesgo tanto para el presente como para el futuro de los Estados Unidos de América. Los censores militares han tratado de bloquear el acceso a la información sobre la guerra en Irak o en Afganistán. Según su francamente peculiar modo de entender las cosas, la libertad de información fue un elemento que colaboró en la derrota norteamericana en Vietnam. Sin embargo, y a pesar de todo, el mundo ha conocido las atrocidades llevadas adelante por las tropas norteamericanas sobre el terreno. Filmes como *Redacted* (Brian de Palma) o *La Batalla de Haditha* (Nick Broomfield) muestran aspectos parciales, pero altamente simbólicos, de lo que sucede en aquellos países. En cualquiera de estos casos la brutalidad de las tropas de ocupación y la enorme cantidad de bajas civiles, entre ellas mujeres, ancianos o niños, no hace más que aumentar el rechazo a las decisiones de quienes hoy no pueden ser considerados menos que una mafia corrupta y salvaje lanzada sobre los más débiles (personas, grupos, países). Es posible entonces preguntarse: ¿Quiénes son los bárbaros? ¿Los que no tienen como lengua madre el discurso imperial? ¿O los que matan, violan, mutilan, torturan o fuerzan la desaparición de personas? Y mejor no hablar de los intelectuales que generan teorías y justificaciones para matar, violar, mutilar, torturar.

Sin embargo, cada vez que aparece un libro o un artículo sobre los Estados Unidos es llamativo el desconocimiento que campea sobre el tema. Esta ignorancia se debe, en parte, a la desidia de los escritores, que prefieren repetir los lugares comunes en vez de ejercer la mucho más ardua tarea de estudiar y analizar los fenómenos planteados. Del mismo modo que muchísimos analistas argentinos creyeron, e instaron al entonces presidente De la Rúa a creer en ello, que las amistades personales podrían determinar la política norteamericana frente a

la bancarrota argentina. Por supuesto que en esto contribuyen los medios de comunicación, que suelen reproducir las ficciones como si fuesen algo real. Así, más de uno cree que las instituciones norteamericanas funcionan perfectamente sólo porque ven series como *CSI Miami*. Y otros ven las intervenciones del ejército norteamericano a través del mundo como una especie de videojuego contra salvajes, al estilo de las películas *La caída del halcón negro* o *Detrás de las líneas enemigas*.

Pero mucho más problemático es el que se opine no sólo por desconocimiento sino en base a la información producida por los propios norteamericanos; de este modo, la colonización fue hecha por puritanos que fueron a América del Norte en busca de “la libertad”; Woodrow Wilson quería “la paz mundial”; la Segunda Guerra Mundial se debió a la perfidia de los japoneses; la Guerra Fría fue producto de “la agresión comunista”; Estados Unidos se esforzó siempre por construir y defender la democracia en el mundo... *ad nauseam*. Cada clase dominante construye una historia nacional que refuerza y reproduce su dominación, con la idea de “crear buenos ciudadanos”, o sea, de incentivar a la población a aceptar el *status quo* de dominación. Muy a pesar de algunos de nuestros colegas, la “ciudadanización” tiende a promover el excepcionalismo, el racismo y el patriotismo como sustento de la explotación y del imperialismo.

Nuestros analistas tienden a basarse en las obras producidas y difundidas por el propio centro imperialista. Así, muchos cumplen la función de reproductores de la ideología dominante sin siquiera saberlo. Numerosas obras presentan a las culturas y a las sociedades anglosajonas como superiores y “civilizadas”, mientras que los luso-hispanos, eslavos, asiáticos o africanos son tratados, en el mejor de los casos, como “en vías de desarrollo”; o sea, en camino a ser norteamericanos. Pero también existen numerosas obras críticas y profundas entre los intelectuales norteamericanos. Basta mencionar a autores como Herbert Aptheker, Herbert Gutman, Howard Zinn, Noam Chomsky, James Petras, Gabriel Kolko, David Montgomery, Bruce Laurie, James Green, Christian Appy, Fred Halliday, Walter La Feber, y tantos otros. Parte del problema es que estas obras rara vez llegan a nuestro medio, y cuando lo hacen son descartadas, o cuestionadas, por su evidente politización, como si las otras fueran neutrales u objetivas.

Pero el problema de fondo, aun con estas obras, es que las preguntas (y por ende las respuestas) que brindan se insertan en las discusiones y necesidades presentes en la sociedad norteamericana, de modo que responden o están en referencia, de un modo u otro, al punto de vista hegemónico en ese país. Para las sociedades sudamericanas es necesaria la construcción de un conocimiento sobre los Estados Unidos que parta de las preguntas que generan nuestras necesidades. Esta es una realidad no sólo para aquellos de nosotros que nos oponemos al imperialismo, sino también para las propias burguesías de nuestros países. Para nosotros, el conocimiento profundo, desde nuestra realidad, de los Estados Unidos, implica poder aprender de la lucha de su pueblo, comprender las contradicciones y luchas de

intereses presentes en esa potencia, a fin de elaborar una política de liberación. Para las burguesías sudamericanas, la carencia de conocimiento implica que sus políticas se establecen en base a pautas y prioridades establecidas en Washington, lo que refuerza su carácter de lumpenburguesía, al decir de André Gunder Frank.

La intención de esta obra es comenzar un lento y trabajoso proceso de revertir esta situación. El criterio básico que la guía es el de que, para poder actuar en el presente, debemos conocer la historia. Esta historia no debe ser meramente un espejo opositor de la dominante, sino que debe apuntar a profundizar y explicar, desde nuestra perspectiva, esa historia, para ir estableciendo las bases políticas que defiendan nuestros intereses.

Los trabajos que se reúnen a continuación son de distinto género y abarcan desde el surgimiento del imperialismo norteamericano, en 1898, hasta la guerra de Vietnam. La mayoría proviene de estudiosos argentinos, pero también se han incluido algunos artículos de autores norteamericanos, de esos "que nunca llegan a nosotros". El criterio no ha sido el de limitarse a "contar la historia", sino el de establecer problemas y plantear interrogantes a partir de los cuales podremos desarrollar un conocimiento genuino sobre Estados Unidos. Lejos de plantear que esta es "la otra historia" de Estados Unidos, lo que aquí se plantea son las bases para comenzar a hacer "nuestra" historia de ese país.

A modo de prólogo

## El 1º de Mayo y la jornada por las seis horas\*

Por Pablo Pozzi

Hace ya más de 20 años, en 1986, me encontré casi accidentalmente en los Estados Unidos, en la ciudad de Chicago. Era la primera vez que me visitaba aquel país y fue justamente para el centésimo aniversario de una de las grandes fechas históricas de la clase obrera mundial: el primer Primero de Mayo, día internacional de los trabajadores. Para mí esta coincidencia era algo muy fuerte, ya que como socialista y ex obrero mecánico y gráfico me había forjado en la conmemoración de un Primero de Mayo combativo.

Emocionado hasta la médula, decidí que tenía que ir sí o sí a hacer el debido peregrinaje a la Plaza Haymarket, donde socialistas y anarquistas se habían movilizado en demanda de la jornada laboral de ocho horas para encontrar como respuesta una represión despiadada. Durante la movilización obrera, una bomba explotó en medio de las filas de la policía, que arremetió contra los obreros y detuvo a ocho dirigentes que serían condenados al patíbulo cuatro años más tarde, a pesar de la protesta de los trabajadores de muchos países del mundo. Debieron pasar varios lustros para que el gobierno norteamericano finalmente admitiera que la bomba había sido lanzada por un provocador policial.

Poniendo manos a la obra me puse a buscar la plaza de los Mártires de Chicago. Busqué en los mapas de la ciudad, pero no encontré nada; pregunté al conserje del hotel, que me miró como si me hubiera tomado unos vinos de más; me fui a una agencia de turismo (supuse que en la tierra de los *tours* y de Disney algún capitalista haría plata llevando turistas a uno de los lugares históricos del movimiento obrero mundial), y nada. Finalmente, me encaminé a una sede sindical donde me explicaron que el día de los trabajadores (por lo menos en los Estados Unidos) se conmemora el primer lunes de septiembre. No entendía nada, hasta que, en medio de mi confusión, un viejo obrero comunista, que me escuchó por casualidad, me dio las indicaciones necesarias.

Eufórico, me encaminé hacia la Plaza Haymarket. Se trata de una plaza pequeña, y como corresponde, rodeada de galpones y talleres. Anochecía

---

\* Publicado en *Desde Abajo*, periódico de los trabajadores de subterráneos de Buenos Aires, No. 1, 2005.

cuando entré a la plaza y emocionado divisé, en un vértice, una estatua. Al acercarme descubrí que era la estatua de un policía. Un botonazo, con el uniforme de aquella época, alzaba la mano empuñando un bastón represor y al pie decía “*Alto, en nombre de la ley*”. Me quedé un rato aturdido hasta que noté que la estatua estaba en muy mal estado y alguien le había pintado la “A” anarquista.

Al día siguiente, buscando una explicación, ubiqué a un conocido anarquista para que me explicara lo de la “A”. Me dijo que los *anarcos* norteamericanos, periódicamente, le ponían una bomba a la estatua y la municipalidad la reconstruía. En ese momento se debatía en el consejo deliberante de Chicago una propuesta para trasladar la estatua a la comisaría más cercana (la propuesta no prosperó y la estatua del policía sigue campeando una de las plazas más importantes para la historia de lucha de la clase obrera).

Esa experiencia me hizo reflexionar sobre la historia, la memoria, el ayer y el hoy de los trabajadores. La clase obrera norteamericana es la única que no conmemora el Primero de Mayo; de hecho, ni siquiera sabe que fue protagonista de una fecha tan importante para la humanidad. La burguesía cambió el día del trabajador en ese país a uno sin fecha (el primer lunes de septiembre) y sin significado; de hecho, es el día en el cual la patronal y los sindicatos colaboracionistas hacen un picnic para sus empleados y obreros. La lucha por la jornada de ocho horas desapareció de los libros de historia. Albert Parsons, socialista y revolucionario, y el principal líder obrero de aquella jornada histórica, apenas es recordado en su propio país. Su esposa, Lucía Parsons, mexicana y fundadora de la Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo, IWW por su sigla en inglés, conocido a veces como los “Wobblies”) y del Partido Comunista, no es ni mencionada (y no sólo por comunista, sino porque en un país “democrático” era ilegal, hasta hace unas décadas, que una mexicana se casara con un anglosajón: los Parsons fueron revolucionarios hasta en eso, su vida misma cuestionó el racismo capitalista). Y a pesar del olvido, la estatua sigue en la plaza, porque la burguesía tiene en claro que la memoria y los símbolos pueden ayudar a despertar la conciencia y a movilizar a los trabajadores en defensa de sus derechos.

En aquel entonces, Parsons y sus compañeros eran miembros de un poderosísimo sindicato clandestino que unía a obreros de todas las industrias. Ese sindicato, llamado la *Muy Sagrada Orden de los Caballeros del Trabajo* (nótese cómo veían al trabajo y al trabajador como algo noble). Fue el gremio más grande en la historia norteamericana y desapareció debido a la represión después de 1886. Los *Caballeros*, de acuerdo con la Segunda Internacional, se lanzaron denodadamente a la lucha para obtener la jornada de ocho horas. La consigna de aquel entonces era “ocho horas para trabajar, ocho horas para descansar, y ocho horas para hacer lo que queramos”. Recordemos que si bien la iglesia y la burguesía siempre hablan de la familia, fueron los trabajadores como Parsons los que dieron su sangre para que el obrero común tuviera el tiempo para poder criar y estar con sus hijos.

Hoy en día la lucha es por la jornada de seis horas con el mismo o mayor salario. En parte esto es así porque a menos horas más puestos de trabajo. Pero mucho, mucho más aún. Si ayer se reclamaban ocho horas para poder estar con la familia, para educarse, para poder vivir, hoy reclamamos seis horas para lo mismo, y también para poder pensar y para poder disfrutar de los frutos de nuestro trabajo. Nunca antes la productividad por hora trabajada fue tan alta, y nunca antes se pagó tan poco. El nivel de explotación es tan alto que generaciones enteras han sido embrutecidas mientras nuestras familias se destruyen porque los padres no están nunca con los hijos. Al igual que Parsons y los *Caballeros* en 1886, hoy reclamamos la jornada de seis horas no por vagos ni por egoístas, sino porque esa jornada implica un mejor futuro para nuestros hijos, porque implica que vamos a poder educarnos, porque es la forma en la que podremos disfrutar del producto cada vez mayor de nuestros esfuerzos. Cada día hay más riqueza en el mundo, y cada día la familia obrera es más pobre. La jornada de seis horas es una de las herramientas para revertir eso.

La burguesía sabe esto muy bien. Por eso trata por todos los medios de que los obreros se olviden del verdadero significado del Primero de Mayo. En Estados Unidos lo han censurado y borrado de la memoria colectiva; en la Argentina intentan que sea un día de fiesta como si tuviéramos algo que celebrar. Acortar la jornada laboral implica que tendremos tiempo para educarnos y educar a nuestros hijos, y un obrero instruido y con tiempo para pensar y reflexionar es un obrero libre.